

Prólogo

Creando héroes del polvo

En la mitología clásica griega, Hero era una sacerdotisa de Afrodita, la diosa de la belleza y del amor. Debía su nombre a Hera, la esposa de Zeus, y vivía en Sestos, en el Helesponto, el estrecho canal que se encuentra en la actual Turquía y que separa Europa de Asia. Al otro lado del estrecho, en Abidos, vivía su amante, Leandro. Para poder preservar su condición de persona consagrada entre su comunidad, Hero tenía que mantener su relación con Leandro dentro de la máxima discreción. Cada noche, y con la excusa de hacer una pira para honrar a los dioses, Hero encendía una hoguera que sirviera de señal y guiara a su amante a la hora de cruzar a nado la distancia de una milla que separaba los dos continentes. Cada día, al amanecer, Leandro tenía que regresar a su hogar también nadando, aunque entonces guiado por la luz del sol que comenzaba a brillar frente a él. Pero una noche, en un acto de traición por parte de algún dios celoso, una gran tormenta de agua cayó sobre la hoguera que le servía de faro, apagándola y dejando al amante de Hero nadando en la más tenebrosa de las oscuridades. Leandro se perdió entre las rápidas corrientes, describiendo círculos una y otra vez hasta que, exhausto, perdió la vida en las heladas aguas del estrecho.

Aquel chapuzón diario de Leandro le había resultado tan heroico e inspirador que, en 1810, Lord Byron quiso reeditar-

lo en compañía de un oficial del ejército británico, el cual estuvo a punto de perecer ahogado en el intento. La misma leyenda serviría de inspiración, asimismo, a autores como Virgilio, Ovidio y Christopher Marlowe, todos los cuales vieron en aquella hoguera que hacía las veces de faro un símbolo de la determinación humana hacia el amor en un universo que puede arruinar toda esperanza y deseo. La de Hero es una historia sobre el poder que tiene el amor para superar poderosas corrientes por medio de puentes y fundir unos continentes con otros. Y, además, viene a probar que la idea del héroe es tan ubicua y universal como la del propio amor.

Cada vez que me he cuestionado el papel que el héroe desempeña en la literatura, siempre me he hallado a mí mismo regresando a Dante. La razón de ello es que Dante es un autor sumamente peculiar, dado que hace de sí mismo el héroe de su propio poema épico. Y, por supuesto, jamás pierde la oportunidad de contar a sus lectores algo sobre su propia persona. No sólo quiere que sepamos quién es él y que conozcamos todo cuanto ha vivido y experimentado en sus viajes al infierno, al purgatorio y al paraíso, sino que también desea mostrarnos la realidad de la Italia medieval. Dante pretende que sepamos que su vida ha discurrido de manera errónea. Porque Dante es un hombre perdido, tanto en el mundo externo como en su propio mundo interior. Y, con el fin de que le ayuden a retornar al sendero adecuado, escoge no sólo al poeta Virgilio, sino a toda la literatura occidental tal y como él la conoce. Dante cree que la literatura –los clásicos, la Biblia y todo aquello que él puede albergar en su mente– es capaz de corregir todas esas desviaciones del curso correcto que, eventualmente, pueden conducir a las almas más débiles hasta su destrucción. Al final, Dante halla más de lo que esperaba conseguir: un mundo mejor y un ser humano mucho más noble.

Cada vez que releo la *Divina Comedia* de Dante me siento impresionado por el hecho de que creara un personaje que es la viva imagen de sí mismo. Pongámonos, por un momento, en la difícil y complicada situación que Dante se vio obligado a vi-

vir durante su prolongado exilio. Imaginémonos que, repentinamente, nos hemos visto desplazados de la vida política oficial y que hemos caído en desgracia por causa de ciertos adversarios a los que no nos podemos enfrentar. Que nuestros hogares han sido confiscados y destruidos. Que nuestras esposas, cuyas respectivas familias han sido quienes orquestaron nuestra caída, nos han repudiado y que no podemos volver a ver a nuestros propios hijos. Que nuestros libros e instrumentos científicos, el trabajo de toda nuestra vida, han sido, también, decomisados. Que nuestros escritos han sido quemados en una plaza pública. Que la iglesia a la que teníamos encomendadas nuestras almas nos ha rechazado sin tan siquiera escuchar nuestra versión de los hechos. Que nos sentimos absolutamente solos y desvalidos en un mundo en que nuestro hogar, el lugar en el que vivimos y la seguridad en nuestra fe son las únicas cosas que nos mantienen aferrados a él. En una situación semejante, disponemos de dos únicas opciones: caer en la desesperanza y quizás poner fin a nuestros días, destrozados ya nuestra confianza y nuestro espíritu, o bien concebir algo grandioso, algo de un orden muy superior a nosotros mismos. Tras optar por esta segunda opción, capturamos el universo entero y lo introducimos en nuestra mente, haciéndolo evolucionar como una estructura dramática y compleja a través de la cual podemos aprender a conocer tanto al mundo como a nosotros mismos. Y, a continuación, haciendo gala de una enorme fe en el poder de nuestra propia imaginación, nos situamos como protagonistas en el centro mismo de un gran proyecto que ha sido diseñado por el propio Dios en persona. Alejados, ya, de los graves peligros que implicaba nuestro sufrimiento, elegimos la opción más heroica de todas cuantas se nos ofrecen, haciendo de nuestras personas los héroes de nuestra propia historia.

El Dante que, en sus «visiones», visita el infierno, el purgatorio y el paraíso lo que hace, en realidad, es buscar en el interior de sí mismo, en un intento de comprender tanto el complejo universo del carácter humano como el paisaje de su

propia alma. Pero cuando alcanza la proximidad a Dios, ya en el umbral del Paraíso, las palabras le fallan. El lenguaje le resulta insuficiente y no solamente porque se esté enfrentando a la naturaleza infinita de la divinidad, sino porque ha llegado hasta el final de sí mismo. Ya no existe ningún otro lugar al que poder dirigirse. El poeta, al fin, ha alcanzado el entendimiento de quién es él mismo en su condición de ser humano; y, sin embargo, no es capaz de expresarlo con palabras.

Oh quanto è corto il dire e come fioco
al mio concetto! e questo, a quel ch'ì' vidi,
è tanto, che non basta a dicer «poco».

O luce eterna che sola in te sidi,
sola t'intendi, e da te intelletta
e intendente te ami e arridi!

[¡Oh! ¡Cuán corto es el hablar y cuán mezquino
es mi concepto! Y esto, y todo lo que vi,
es tanto que no basta con decir «poco».

¡Oh luz eterna que, sola, en ti existes,
sola te entiendes, y entendida
y entendiendo, te amas y recreas!]

Dante demuestra aquí que el proceso de aprendizaje sobre uno mismo es una empresa realmente heroica. Y que la escuela donde se forma el carácter humano alcanza ámbitos que van mucho más allá del simple lenguaje. Es un reino donde el individuo se ve transformado por las mismas circunstancias en las que se ha visto inmerso, una transformación cuya articulación en términos precisos resulta absolutamente imposible.

En el anterior Canto XVII del *Paraíso*, Dante había tenido la oportunidad de conocer al héroe de todos los tiempos que él más admira, a su ancestro Cacciaguida, quien había perdido la vida mientras defendía lo que es el centro espiritual del mun-

do de Dante, la ciudad de Jerusalén. A la conclusión de su entrevista con su ilustre antepasado, Dante admite que su mayor temor es perder la inmortalidad que, eventualmente, lograría alcanzar por medio de su obra literaria. Y no es que esté siendo egoísta. Es que él cree que todo cuanto ha escrito tiene sentido y no quiere apartarse de las corrientes literarias en boga, algo que sí han hecho muchos otros poetas. Y Dante se lamenta de ello como sigue:

E poscia per lo ciel, di lume in lume,
ho io appreso quel che s'io ridico,
a molti fia sapor di forte agrume;

E s'io al vero son timido amico,
temo di perder viver tra coloro
che questo tempo chiameranno antico.

[Y luego, por gracia del cielo, de lumbre en lumbre
Aprendí lo que yo ahora repito,
Y que para muchos tendrá un sabor muy amargo.

Y si de la verdad yo fuera un tímido amigo
Temería perder el vivir entre aquellos
Que a este tiempo llamarán antiguo.]

Cacciaguida se ríe de su atribulado descendiente y da a Dante algunos consejos paternos sobre la durabilidad de las verdades y las virtudes: «Manifiesta toda tu visión libremente, / Y cuando los hombres sientan su escozor / déjales que se rasquen». En otras palabras, que la gente irá siempre en busca de verdades. Pero una determinada orientación no es algo que una persona pueda imponer a otra.

El purgatorio es el lugar donde las almas aprenden cuál es el camino de retorno hacia Dios. Cuando una de ellas sale de allí, su transformación ya se ha completado. El individuo al cual pertenece ha cambiado. Éste ha aprendido cuanto tenía

que conocer sobre sí mismo y ya es capaz de hacer funcionar todo ello como un medio para afrontar la vida y sus retos. Accede a un estado de pleno entendimiento de sus propias fortalezas y debilidades. Este proceso de aprendizaje a lo largo de toda la vida concluye, no con una ceremonia de graduación, sino con la conclusión de nuestra historia personal, con ese momento en el que llegamos, más allá de nosotros mismos, a alcanzar la divinidad o, alternativamente, la nada. Dante parece sugerirnos que hemos sido recreados de acuerdo con la imagen que todos queríamos que nuestra propia historia ofreciera. La literatura puede ser algo aterrador, dado que nos ofrece la posibilidad de encontrarnos con nuestro propio potencial. Un lector conspicuo y meticuloso –de mentalidad crítica, como san Agustín sugería en sus *Confesiones*– es aquél capaz de establecer la distancia suficiente entre lo que está leyendo y la forma en que se ve afectado por lo que lee.

El de héroe es un concepto universal que, como seres humanos, nos fascina e, incluso, nos llega a acosar persistentemente. Aún cuando adoptemos la postura de rechazarlo y declarar formalmente, como hace Douglas Coupland en su *Generación X*, que ya no existen los héroes, esas figuras siguen ahí, siendo unos elementos de crucial importancia en su condición de soporte de la narrativa. Residen justo en el centro de la acción, representando el punto de vista humano en la imaginación del lector. Los héroes son imágenes de nosotros mismos e intervienen en la narración en calidad de personas, permitiendo, al mismo tiempo, que el relato adopte, en nuestra imaginación, características plenamente humanas. En una historia cualquiera, los héroes son los interruptores que permiten la ignición de todos nuestros mecanismos para la absorción del mundo, engranándose en ese tejido psicológico e imaginativo a partir del cual se estructura la humanidad. Son el punto de referencia de todo relato. El mundo se encuentra siempre en condiciones de ofrecernos modelos que nos ayuden a reflexionar sobre en qué o en quién debemos convertirnos. Es cierto que podemos rechazar, por estar un tanto pasado de moda, el proceso de

identificar algo de nosotros mismos o relativo a nuestras experiencias con una determinada narración, pero, a pesar de ello, dicho procedimiento continúa funcionando en todos nosotros. Cuando contamos cuentos a nuestros hijos, no lo hacemos tan sólo porque queramos que escudriñen en esas historietas con el fin de descubrir en ellas detalles de sus propias identidades, en pleno proceso de desarrollo. Esto es algo de lo que yo me pude percatar durante los primeros años de formación de mi hija, cuando ella me pedía que le contara historias de mi propia infancia, sobre la gente que había conocido y los acontecimientos que me habían acaecido. Entonces, me pude dar cuenta de que lo que ella buscaba, realmente, eran hitos imaginarios que le sirvieran como referentes de sus propias experiencias. Lo que mi hija pretendía, en definitiva, era disponer de un sistema de medición de referencia frente al cual contrastar sus propias experiencias vitales mientras éstas iban produciéndose. Pero su objetivo no era extraer ninguna clase de enseñanzas de ellas. Lo que realmente quería obtener eran las historias en sí mismas, es decir, la estructura y la sustancia de mi pasado personal. Y de tal manera que ella pudiera transformar sus experiencias en el material de su propia historia. La vida, además de golpearnos, nos deleita tanto con esas historias que aprendemos de otros como con las que nos contamos a nosotros mismos.

Lo que he intentado hacer en este libro ha sido examinar los diferentes tipos de héroes que la literatura occidental, y muy particularmente la inglesa, ofrece a los lectores. Trato de explorar aquí las posibilidades que tiene la conducta humana en la definición de unos personajes que son los que más activamente actúan en nuestra imaginación. Para comenzar, he elegido la imagen más reconocible –aunque, también, la más ignorada– del héroe: la nuestra. El del héroe común y corriente es un concepto muy moderno que procede de las cenizas de una civilización que se vio seriamente humillada ante la contemplación de los guerreros homéricos en el polvoriento campo de batalla de Troya. La gran desgracia, en la mayoría

de los casos en que se propone la figura de un héroe, es que sus autores adoptan inmediatamente para sí mismos características similares a las de Aquiles y Áyax, es decir, las propias de unos brutos musculosos cuya sobredimensionada humanidad bordea la psicótica creencia de que los problemas del mundo se pueden resolver por medio de la violencia. Pero, en el siglo XX, emergió un nuevo código para el héroe. Era un héroe con la misma figura sencilla que cualquiera de nosotros, en nuestra condición de individuos capaces de solventar problemas. Esa figura, majestuosa aun cuando minúscula, surge y se eleva, por medio del conocimiento, el valor y la perseverancia, hasta mostrarse capaz de hacer frente a los retos que se le plantean en un mundo con el que aún se encuentra en valiosa comunión. Llegado el momento de examinar a esta clase de personajes, he tenido muy presente, en todo momento, que lo que más difícil nos resulta es imaginarnos a nosotros mismos.

El libro avanza, paulatinamente, desde las figuras con las que estamos más familiarizados hasta otras a las que se podría tildar de apariciones. Son las de esos héroes trágicos, oscuros y santos que nos hacen recordar nuestras propias carencias y posibilidades. Me gustaría poder pensar que todos esos héroes son la expresión de nuestras almas, de los altibajos a que nos someten la buena y la mala fortuna. Más allá de esos personajes, he dejado que fuera la imaginación literaria la que me guiara en mi singladura. El hiperbólico héroe épico vive una vida extraordinaria e intensa y busca una realidad cada vez más excepcional, aunque él mismo se encuentre, en todo momento, forcejeando denodadamente con las más básicas de las preocupaciones humanas: el amor, el hogar, la identidad y la justicia. Y aunque dicho héroe épico sea alguien tocado por una mano divina e impregnado de tal divinidad, todavía sigue siendo alguien esencialmente humano en sus perspectivas y capacidades. Habita en el mundo y es tan producto del polvo como lo pueda ser cualquier hombre normal y corriente. El héroe divino, como contraste, nos ofrece una fugaz panorámica de una existencia que nos resulta inalcanzable a causa de las limi-



El arquetípico grabado del siglo XIX de héroes nórdicos, de las mismas características que los que Wagner popularizó en sus óperas. Nótese las armas, las pieles con que van ataviados y la proclividad de los personajes hacia las apariencias animistas.

taciones propias de la vida. Los héroes divinos son figuras que nos prometen que cuanto mejor sepamos orientarnos hacia todo aquello que se encuentra más allá de nosotros mismos, más probable será que aprendamos, también nosotros, a superar nuestras propias limitaciones. Así pues, el héroe divino es más un objetivo que una expresión. Jesucristo es un modelo de rol que se encuentra más allá del ser humano, aunque, sin embargo, sea el destino con el que todos soñamos. Porque, efectivamente, debe haber algo más allá de lo que conocemos. En caso contrario, el conocimiento dejaría de funcionar como fuerza propulsora del espíritu humano. El héroe divino supone lo que todos desearíamos ver como lo mejor de nosotros mismos. E, incluso si caemos antes de alcanzar valores y pautas de comportamiento tan imposibles, aún seremos capaces de percibir una imagen de nuestra propia humanidad que sea mejor de la que se puede contemplar a primera vista.